

el guerrillero Manuel Rodríguez, que había impuesto el terror antiespañol por cuarenta y ocho horas en la Santiago anarquizada por el desastre del 18 de marzo.

Aunque San Martín se había opuesto, el costo político del silencio fue preferible a la ruptura de la alianza: el 12 de abril de 1818, camino a Buenos Aires, San Martín quemará las pruebas de un complot contrarrevolucionario que comprometía a buena parte de la sociedad chilena que se había apresurado a cambiar de bando después de Cancharrayada.

En Buenos Aires, los acuerdos con Pueyrredón y las reuniones con los restos de la Logia, sólo contendrán el problema político. El financiero parece irresuelto y determina que al regreso hacia Mendoza, en julio de 1818, San Martín amenace con renunciar acusando de incapacidad al Directorio.

«Ya ha visto lo que digo sobre los 500.000 pesos —se excusaba Pueyrredón—. No hay remedio: no se sacan de aquí ni llenando la cárcel de capitalistas.» Suma insignificante si se la compara con los 4 millones de pesos que regalaron los mismos comerciantes a Juan Manuel Rosas en 1829.

El capital para pagar la escuadra al Pacífico sólo llegó en septiembre de 1818, cuando aumentaron las versiones sobre la expedición española contra el Río de la Plata.

Aunque por decisión de Fernando VII las tropas de Morillo nunca llegarán a Montevideo o Buenos Aires, la desesperación llevó a Pueyrredón a intentar por Manuel García otro negocio fracasado con los británicos en Río de Janeiro.

Los caudillos del interior prefirieron dar el paso adelante que perder Buenos Aires a manos de los ingleses y los portugueses con acuerdo del grupo saladerista, o que cayera en la de los españoles. Ya sea en los planes diplomáticos como en la Constitución unitaria de 1819, todo indicaba que los terratenientes bonaerenses estaban dispuestos a venderse al mejor postor.

Pueyrredón dejó de ser el fiel de la balanza. El 9 de junio de 1819, fue reemplazado por Rondeau, mientras García seguía las negociaciones para coronar al príncipe portugués de Luca bajo bendición británica.

Al ordenar a San Martín de abandonar Chile con el grueso del Ejército de los Andes, Rondeau no maquilló el objetivo de poner al Ejército de los Andes como barrera entre los caudillos del Litoral y los ganaderos bonaerenses para quienes el enemigo no estaba en Madrid sino en el Litoral.

Ya no existía el caso de un país sin ejército. San Martín tenía un ejército, pero estaba al borde de quedarse sin país.

El último ejército de la independencia

Al mantenerse el foco español en Chiloé, las órdenes de abandonar Chile no sólo comprometían la expedición al Perú, sino también la propia existencia de la revolución chilena. Negándose a servir en la guerra civil, San Martín, realizó una maniobra

política de alto vuelo, que lo hará acreedor a un juicio en contumacia con condena a muerte por traición a la patria.

El 9 de noviembre de 1819, le comunicaba a O'Higgins la situación y su decisión de desobedecer a Rondeau argumentando falta de preparativos. El 7 de diciembre, es a Rondeau, que le señala que había dado la contraorden de marchar en su apoyo.

La rebelión en Arequito el 8 de enero de 1820, será la última etapa, cuando Bustos se alce con los restos del Ejército de Belgrano poniendo fin a la última organización de carácter nacional en el territorio.

El batallón de Granaderos, que San Martín había destacado en San Juan para conformar a Rondeau, se sumará a la sublevación el 9 de enero. El frente político de Cuyo no tardó en desmoronarse: Toribio Luzuriaga renuncia y asume acondicionado Godoy Cruz.

El 28 de enero de 1820, San Martín ofrece al gobierno chileno hacerse cargo de la guerra en Perú, a pesar de no contar con la autorización del gobierno de Buenos Aires. O'Higgins no duda en aceptar, cuando San Martín acepta que la acción se haga bajo bandera chilena siempre que el Ejército de los Andes mantenga sus mandos argentinos.

Luego de la derrota en Cepeda el 1º de febrero de 1820, ante los caudillos, Rondeau le reclama una fuerza expedicionaria en retaguardia para cubrir Buenos Aires ante la invasión. Por única respuesta, San Martín presentará la renuncia sin poner en claro cuáles serán los planes a seguir. Sus cartas a Güemes, Artigas y al resto de los caudillos pusieron en alerta a Rondeau y lo obligaron a aceptar las maniobras: el jefe del último ejército nacional también podía sublevarse.

Sin gobierno, sin fondos y sin ley, los mandos del Ejército de los Andes acantonados se van a convertir en único factor político confiable. Para entonces, San Martín había expulsado a todos los elementos saavedristas, había colocado a Monteagudo como jefe político y en la cabeza de las tropas a los hombres que habían jugado la carta morenista desde el comienzo.

El 26 de marzo de 1820, San Martín tomará la decisión de romper con la legalidad y que los altos mandos argentinos decidan qué hacer. La declaración que le cursa el coronel Gregorio Las Heras precisaba el cuadro político de la situación:

El Congreso y Director Supremo de las Provincias Unidas no existen. De estas autoridades emanaba la mía de general en jefe del Ejército de los Andes y de consiguiente, creo en mi deber y obligación el manifestarlo al cuerpo de oficiales para que ellos, por sí y bajo su espontánea voluntad, nombren un general en jefe que deba mandarlos y dirigirlos (...).

Entre las consideraciones de la forma de elección —que recapitula formas que se habían adoptado en los batallones de la resistencia contra las Invasiones Inglesas o en el propio regimiento Estrella, pero nunca en la tropa sanmartiniana— se imponía la declaración por bando del general elegido y el saludo con honores de salvas y cañonazos.

Más allá del hecho de controlar las decisiones políticas de la Logia, San Martín podría haber sido arrasado del mando. El peligro hizo que el 2 de abril, en Rancagua,

los oficiales apoyasen por mayoría la decisión del coronel Enrique Martínez de no votar, sino de establecer una nueva legitimidad para el jefe y para los comandos.

«Queda sentado como base y principio —declaró el Acta de Rancagua—, que la autoridad que recibió el general de los Andes para hacer la guerra a los españoles y adelantar la felicidad del país, no ha caducado ni puede caducar, pues que su origen, que es la salud del pueblo, es inmutable.»

San Martín seguirá la guerra sólo, siguiendo un plan anticolonialista que acabará en Perú y en el fin del dominio español en Sudamérica.

Para entonces, la guerra civil se había desplomado en Argentina.



Excepción en la revolución sudamericana, la Revolución de Mayo, jamás cayó en poder del enemigo. Su carácter periférico la había puesto al margen de la ofensiva absolutista de 1814, y la pérdida de Montevideo restó todo valor estratégico a una plaza irrecuperable en 1818.

Sin embargo, allí se libró el mayor enfrentamiento ideológico entre dos proyectos irreconciliables: el de las fuerzas de las ideas más avanzadas de la época, que intentaron adaptar el modelo económico-social de la Revolución Francesa, y las que buscaron en el movimiento independiente, una forma de reacomodar sus intereses ante las nuevas potencias hegemónicas.

Después de la sublevación de Arequito, cualquier proyecto burgués independiente será enterrado, para consolidar un sistema de propiedad de la tierra, que fortalecerá un polo de poder intocable. El mismo que se mantiene, más allá de los vaivenes históricos, hasta nuestros días.

El grupo terrateniente-saladeril de Buenos Aires, volverá a sabotear cualquier tentativa del ejército nacional que no represente sus objetivos. Para cuando lo haga, ya habrá desplegado el suficiente poder económico como para imponerse al resto de las fuerzas del país, obstruyendo primero y condicionando después los proyectos industrialistas.

El caso de un ejército libertador perseguido y sentenciado en su propia patria, iba a marcar el fin del desarrollo independiente proyectado por el morenismo y sus seguidores. Su aniquilamiento físico e intelectual hará llano el camino a la dictadura de Rosas y a la reproducción en el país de la dependencia endémica.

Por primera y única vez en la historia argentina las armas estuvieron del lado del cambio social y político más avanzado de la época.

La tragedia del ejército de la independencia fue la tragedia de las debilidades políticas y sociales de una vanguardia con más discursos que fuerza.

Sus victorias, el mito de lo que pudo haber sido y no fue.

Roberto Mero

Bibliografía general

- PASO, LEONARDO: *Historia del origen de los partidos políticos en Argentina*. Bs. As. 1976.
———: *Raíces de la dependencia argentina*. Bs. As. 1984.
VOVELLE, MICHEL: *Mentalité révolutionnaire*. París, 1989.
MITRE, BARTOLOMÉ: *Historia de Belgrano y la Revolución de Mayo*. Bs. As. 1950.
———: *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*. Peuser, 1950.
LANUZA, JOSÉ LUIS: *Morenada*. Bs. As. 1946.
MAZAURIC-CASANOVA: *Vive la Révolution!*. París, 1989.
NUCETE SARDI, JOSÉ: *Aventura y tragedia de don Francisco de Miranda*. Bs. As. 1956.
GUIDO, BELGRANO, SAAVEDRA: *Los sucesos de Mayo contados por sus autores*. Bs. As. 1928.
GONZÁLEZ DÍAZ, CARLOS: *El Ejército de la Independencia*. Bs. As. 1976.
HEREDIA, EDMUNDO A.: *Planes españoles para reconquistar Hispanoamérica. 1810-1818*.
Buenos Aires, 1974.
LEVENE, RICARDO: *La Revolución de Mayo y Mariano Moreno*. Bs. As. 1960.
———: *Historia Argentina*. Bs. As. 1948.
NÚÑEZ, IGNACIO: *Memoria histórica*. Bs. As. 1928.

